

20 céntimos.

La Caricatura

4 DE MAYO DE 1893

ADMINISTRACIÓN, FERRAZ, 44.—MADRID



NÚM
43

A. Fons

97

—Disgustadísima, sí. El otro día estrenó tu mujer un hermoso abrigo de pieles, y yo...
—¿Mi mujer? ¿Abrigo de pieles? No, no tengas celos: ese abrigo no es cosa mía... ¡Yo no se lo he comprado...!

CORAZONADAS

NUMERO DE MAYO

¡MIL PESETAS DE PREMIO!

¡¡Cuatro mil reales!!

¡¡¡Cien mil céntimos!!!

Manera breve y sencilla de jugar a la lotería eligiendo el número que más agrade y sin gastar un céntimo.

Vean ustedes cómo.

Un sobre perfectamente lacrado y sellado encierra una papeleta con un número, una cifra.

Esa es la que hay que acertar.

Aquí de la corazonada.

Me da el corazón, dicen ustedes, que el número encerrado es el *tantos*, y lo escriben en una papeleta que va en la cubierta del número y la envían a esta Administración. ¡Que al día siguiente creen que es otro? Pues igual operación con otro numerito, por supuesto.

No me negarán que esto es sencillísimo.

Esta operación puede hacerse durante cuatro semanas, los cuatro números del

mes de Mayo. En el del 4 de Junio publicaremos los números premiados.

PRIMER PREMIO

Para el primero que adivine el número exacto

500 pesetas

DOS SEGUNDOS PREMIOS

de a 100 pesetas

para los dos números más inmediatos al exacto, dentro del millar.

DOS TERCEROS PREMIOS

de a 25 pesetas

para los otros dos números más inmediatos al exacto, dentro del millar.

DIEZ CUARTOS PREMIOS

de a 10 pesetas

para los más inmediatos al exacto, también dentro del millar, y

TREINTA QUINTOS PREMIOS

de a 5 pesetas

para los treinta también más inmediatos y en el mismo millar.

Que suman, contando por los dedos, mil pesetas.

Pudiera ocurrir, hay que estar en todo, que más de uno acertaran el número del primer premio, en cuyo caso, el segundo que lo acierte, se llevará los dos segundos premios; el tercero, los terceros; el cuarto 25 pesetas, y el quinto otras 25.

* * *

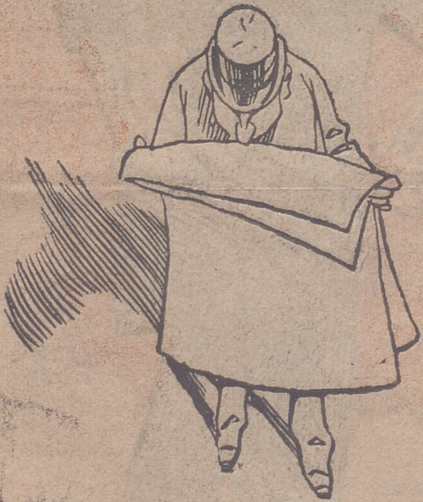
El sobre en que está encerrado el número se halla en esta Administración a disposición del que quiera examinarlo, y hacer en él las contraseñas que le venga en gana.

* * *

El número ha de enviarse en la papeleta que dice... «Me da el corazón que el número encerrado es el...»

Y para mayor facilidad, diremos que los números que se envíen han de tener cuatro cifras. Ni más ni menos.

ALBUM



PONS



Magnífica colección de caricaturas.

2 PESETAS

Pueden hacerse los pedidos á esta Administración.

La Caricatura

AÑO II

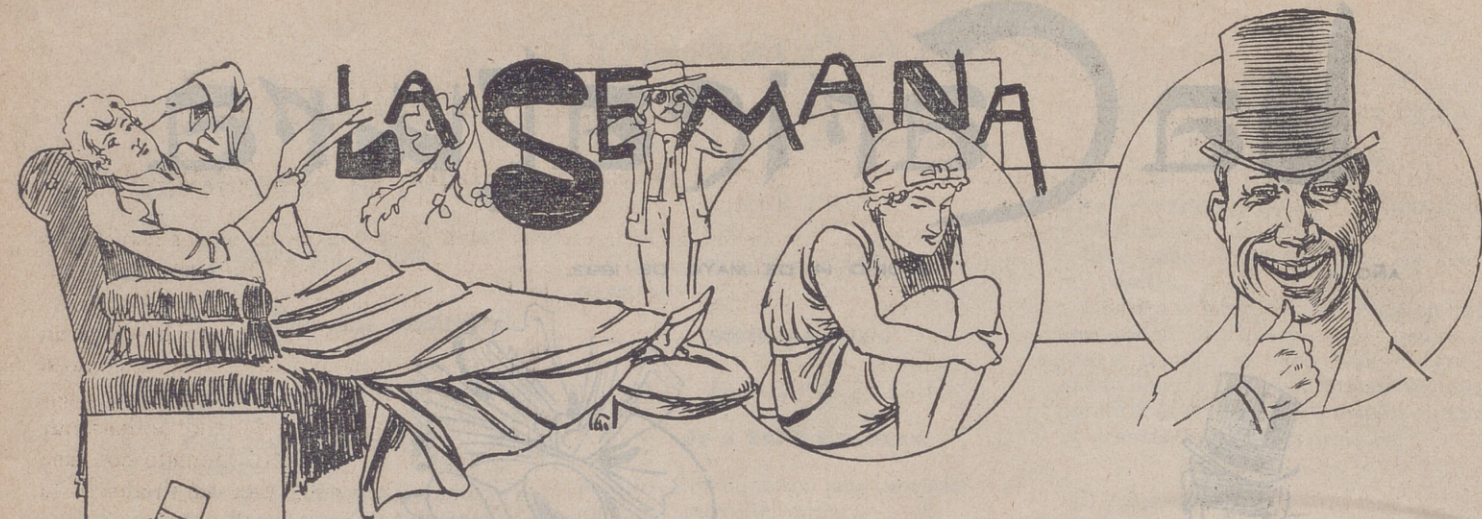
MADRID 14 DE MAYO DE 1893.

NÚM. 43.



LA ESCUELA DE GAMAZO

La política de este gobierno acabará por ser funesta; también los hombres han empezado á introducir economías.



Los trenes están
ya como la mayoría de nuestros políticos, rebajados, y la afluencia de forasteros á la villa y corte es extraordinaria. Tan extraordinaria como las dimensiones de algunos sombreros de copa que á la legua denuncian á sus amos como rurales de solemnidad. Es mucho cuento ese de

que lo malo lo hemos de imitar siempre, aun sabiendo que es perjudicial. Los que gozan ordinariamente de la vida del campo y estos días se vienen á echar una cana al aire por los madriles, en vez de seguir con sus costumbres sanas y provechosas, adoptan otras que son todo lo contrario. Se embuten en los trajes incómodos que se usan por la capital de las Españas é inmediatamente se colocan sobre la cabeza la *bimba* consabida, larga como la esperanza de un pobre y ancha como conciencia de concejal.

¡Las gentes del campo vienen á visitar á las de la ciudad! Así se engríen los señoríngos tanto cuando notan que hay pollo de cabeza de partido judicial que daría la mitad de su existencia por poseer un terno á la última moda y una corbata de esas vistosas, con las cuales los muchachos elegantes parten los corazones de las niñas sensibles.

Al regresar á los pueblos es cuando los chicos de ambos sexos lucen los prove-

chos de sus respectivos viajes á Madrid. Es de ver el aire con que las niñas de la alcaldesa, las sobrinas de la *escribana* y la ahijada del farmacéutico lucen ante sus asombradas y envidiosas amigas los lujos adquiridos en la corte. ¡Pues y ellos! ¡Que si los botines blancos, que si el sombrero flexible, que si el cinturón faja, cómodo al par que brillante! Ah, todo, absolutamente todo, da golpe, y en Villacuca, en Villalata y en otras muchas villas y lugares, durante un mes, no se habla más que de las novedades importadas á la población por los que asistieron á las fiestas de San Isidro.

La niña del médico titular de Zampuerta regresó á su hogar el año pasado con el pelo rubio como las candelas. Es de advertir que la tal niña es morena completamente. Pues bien, cuando las amigas le preguntaron la razón del cambio, ella contestó con cierta solemnidad:

—¡Ay, hijas, es que en Madrid ahora no viste más que lo rubio!

la coyuntura para hablar contra la centralización.

Madrid es el estómago de España. Aquí viene á parar el dinero de todo el país y aquí se derrite. Y después de echar unas cuantas pestes, justas casi siempre, contra los manejos cortesanos, van los rurales á visitar á Sagasta y á don Venancio, y á los demás personajes y personajillos.

—¡Que no olvide usted mi encargo!

—¡Que estoy esperando la credencial aquella!

—¡Que me estorba el juez que tenemos!

—¡Que á ver si se destituye á mi alcalde!

¡Oh venturoso y santo país el nuestro, donde todos hablamos mal del gobierno y todos le pedimos favores! País encantador en el cual la recomendación es majestad que nunca cae destronada...

* *

Pero basta de filosofías trasnochadas.

Lo importante es pasar alegremente la festividad del santo patrón. La tortilla, la tradicional y *ajamonada* tortilla, regálenos el paladar, allá en la pradera del Santo, cabe las turbias y jabonosas ondas del Manzanares.

Marchemos todos por la senda llena de polvo que conduce hasta la ermita, y entreguémonos después á las dulces expansiones de la alegría. ¡A merendar, junto al Cementerio! Los muertos, no hay cuidado, no se levantan. ¡Y eso que en los alrededores del Camposanto muedean los puntos.

Triatán.

Por supuesto que la peregrinación á Madrid no sólo tiene por objeto el de que las gentes acaudaladas de las provincias modifiquen su indumentaria. Hay viajeros que vienen por el santo, por el mismísimo San Isidro, á visitarle según añeja costumbre y á dar una vuelta por esas calles. ¡Y qué asombro el de los que no habían visto aún *nuestros* (!) nuevos edificios. El Banco, La Equitativa, la Bolsa... Este Madrid prospera mucho. Y no falta filósofo barato que aproveche



FRAGMENTOS DE UNA CARTA DE MUJER

encontrado en la calle de Nuestra Señora de los Campos.

«..... me ha costado el haberme casado con un artista.

¡Ah, querida mía, si lo hubiera sabido!... Pero las jóvenes se forman sobre todas las cosas ideas muy singulares. Figúrate que en la Exposición, cuando yo veía sobre la guía esas señas lejanas de calles tranquilas, al extremo de París, me imaginaba vidas pacíficas, sedentarias, entregadas al trabajo y a la familia, y me decía, sintiendo de antemano cuán celosa sería:

«Así es como quiero un marido. Estará siempre conmigo; pasaremos todo el día juntos, él en su lienzo ó en su escultura, yo leyendo ó cosiendo á un lado, á la luz recogida del taller. ¡Pobre inocente! No sospechaba entonces lo que era un taller, ni el singular mundo que en él se encuentra. Nunca, al mirar esas estatuas de diosas tan escandalosamente descotadas, se me había ocurrido la idea de que hubiera mujeres bastante atrevidas para... Y que yo misma... Sin esto, te ruego me creas que no me hubiera casado con un escultor. ¡Ah! No... Debo decir que en mi casa todos eran contrarios á este matrimonio, á pesar de la fortuna de mi marido, de su nombre, ya célebre, y del bello hotel que hacía edificar para nosotros. Yo sola lo he querido. ¡Era tan elegante, tan seductor, tan obsequioso! Perecía-me, sin embargo, que se mezclaba bastante en mis vestidos, y en mi peinado: «Levantad vuestros cabellos de esta manera...» Y el caballero se entretenía en colocar una flor en medio de mis rizos con más arte que cualquiera de nuestras modistas. Tanta experiencia en un hombre era para asustar, ¿no es cierto? Debiera haber desconfiado... En fin, vas á ver. Escucha.

Volvíamos de nuestro viaje de boda. Mientras me instalaba en mi encantador departamento, tan bien amueblado, este paraíso que tú conoces, mi marido, en cuanto llegó, se puso á trabajar y pasaba los días en su taller, fuera del hotel. Al

volver por la noche, me hablaba con calor de su próxima exposición. El asunto era «una dama romana saliendo del baño.» Quería reflejar en el mármol ese pequeño estremecimiento de la piel al contacto del aire, los finos tejidos empapados de agua, adhiriéndose á los hombros, y otras muchas cosas bellas que ya no recuerdo. Aquí para entre nosotras, cuando me habla de su escultura, no siempre comprendo bien. Del mismo modo me decía en confianza: «Esto va á ser lindísimo...» y me veía ya sobre la arena fina de las

mal peinado, con las manos manchadas de tierra, teniendo enfrente una mujer, querida mía, una grancintura, de pie sobre un tablado, casi desnuda y con un aspecto tranquilo en esta facha, como si la encontrase perfectamente natural. Unos feos hábitos, llenos de lodo, botinas muy usadas, un sombrero redondo con una pluma desrizada, estaban tirados á su lado sobre una silla. Vi todo esto á escape, pues comprenderás que huf en seguida. Esteban quería hablarme, retenerme, pero hice un gesto de horror á sus manos llenas de arcilla, y corrí á casa de mamá, donde llegué casi muerta. He aquí cómo entré.

—¡Ah! Dios mío, hija mía, ¿qué tienes?

Cuento á mamá lo que acabo de ver, cómo estaba aquella horrible mujer, y en qué traje. Y yo lloraba... lloraba... Mi madre, muy conmovida, trata de consolarme, diciéndome que debía ser un modelo.

—¡Cómo!... Eso es abominable... No me habían hablado de esto antes de casarme.

Mas he aquí á Esteban que llega todo despavorido, y trata a su vez de hacerme comprender que un modelo no es una mujer como otra cualquiera, y que además los escultores no pueden prescindir de ellos; pero estas razones apenas me persuaden, y declaro formalmente que no quiero ya á un marido que pasa los días frente á frente de mujeres vestidas de aquella manera.

—Vamos, amigo mío,—dice entonces mi pobre mamá que se esfuerza por arreglarlo todo;— por dar gusto á vuestra mujer, ¿no podíais reemplazar eso por otra cosa semejante, por un maniquí?

Mi marido se mordía los bigotes con furor. «Es imposible, querida mamá.»

—Sin embargo, querido mío, me parece... Ya lo veís, nuestras modistas tienen cabezas de cartón, que les sirven para montar los sombreros... Pues bien: lo que se hace para montar la cabeza, ¿no podría hacerse para?...

Por lo visto no era posible. Al menos



ISABEL SVICHER
DEL TEATRO DEL PRÍNCIPE ALFONSO

calle admirando la obra de mi marido, un hermoso mármol blanco sobre la tapicería verde, en tanto que murmuraban á mi espalda: «La mujer del autor...»

En fin, un día, curiosa de ver en qué estábamos de nuestra dama romana, tuve la idea de ir á sorprenderle en su taller, que no conocía aún. Era una de mis primeras salidas sola; y estaba tan bonita, ¡demonio!... Al llegar encontré la puerta del jardincito del piso bajo abierta de par en par. Entré todo derecho, y juzga de mi indignación cuando ví á mi marido con blusa blanca como un albañil,



DEL GREMIO

—Pues ya siento yo que se retire el maestro sin que me haya visto en la plaza.

—¿En la plaza? A ti no se te ve más que en la enfermería.

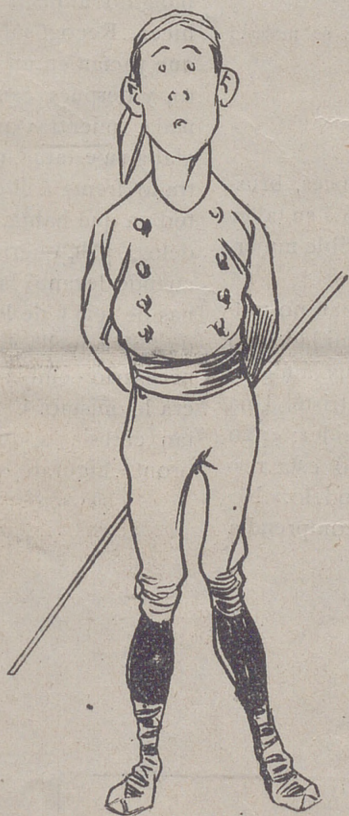
ILAS COSAS QUE ÉL VA Á VERI



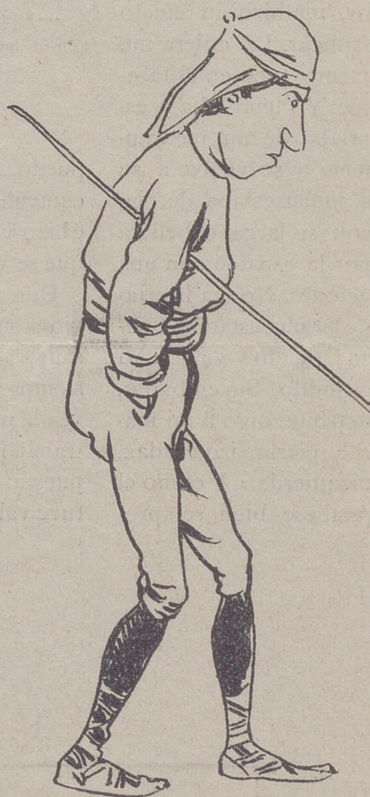
Camino del Santo.



En el Santo.



A la media hora.



Después del Santo.

A. P.
ONS
93

Esteban trató de demostrárnoslo largamente, con todo género de detalles y de palabras técnicas. Tenía, en verdad, el aspecto muy triste. Yo le miraba de reojo al mismo tiempo que enjugaba mis lágrimas, y veía que mi dolor le affigía mucho. En fin, después de una interminable discusión, se convino en que, ya que el modelo era indispensable, siempre que viniese estaría yo presente. Precisamente había al lado del taller un sitio despejado, muy cómodo, desde donde podría ver sin ser vista.—Es vergonzoso, dirás, tener celos de semejante cosa y darlos á conocer. Pero, ¡qué quieres, chical! es preciso haber pasado estas emociones para poder hablar de ellas.

Al día siguiente le tocaba venir al modelo. Me armo de todo mi valor; y me instalo en mi cuartito, con la condición expresa de que al menor golpe dado en el tabique, mi marido acudiría al momento. Apenas me encerré, llegó el modelo del día pasado, emperejilada Dios sabe cómo, con un aspecto tan miserable, que me preguntaba cómo había podido despertar mis celos una mujer que sale á la calle sin puños blancos, con un chal viejo á franjas verdes. Pues bien, querida mía, cuando ví á aquella criatura arrojar su chal y su traje en medio del taller, desnudarse con aquella facilidad y con aquel impudor, me hizo un efecto que no te puedo explicar. La cólera me ahogaba... Al momento toco en el tabique... Esteban acude. Yo temblaba y estaba pálida. Se burlaba de mí, me tranquiliza cariñosamente, y se vuelve á su trabajo... Ahora la mujer estaba de pie, medio desnuda, con su larga cabellera suelta y cayendo por la espalda con una pesadez sin ondulaciones. No era la criatura de antes, sino casi una estatua, á pesar de su semblante fatigado y vulgar. Mi corazón estaba oprimido. Sin embargo, no dije nada. De repente, oigo á mi marido que grita: «La pierna izquierda... Avanzad la pierna izquierda.» Y como el modelo no comprendiese bien, se apro-

ximó á ella y... ¡ahl á este golpe no pude más. Llamo, no me oye. Llamo otra vez con furor. Acude con las cejas un poco fruncidas por el ardor del trabajo.

—Vamos, Armanda... ¡sé razonable!... Y yo, deshecha en llanto, apoyaba la cabeza sobre su hombro.—Eso es superior á mis fuerzas, amigo mío... No



—Aquel sí que era bueno: jamás se molestó porque me retirara tarde.

puedo... no puedo... —Entonces, bruscamente, sin responderme, pasó á su taller é hizo una señal á aquella horrible mujer, que se vistió y partió.

Durante algunos días, Esteban no volvió á su taller. Permanecía á mi lado, no salía, rehusaba hasta ver á sus amigos, siempre muy bueno, pero ¡tan triste! Una vez le pregunté con mucha timidez: «¿No trabajáis ya?» lo que me valió esta respuesta: «No se trabaja sin modelo.» No tuve valor para insistir, pues comprendía

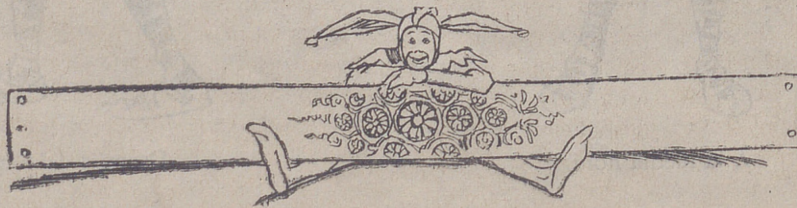
cuán culpable era y que tenía derecho para exigírmelo. No obstante, á fuerza de cariños y habilidad, obtuve de él que volviera á su taller y que procurara acabar su estatua de... ¿cómo se dice?... de memoria, es decir, de imaginación; en una palabra, lo que quería mamá. Yo encontré esto muy factible; pero al pobre muchacho le causó mucha impresión. Todas las noches volvía nervioso, desanimado, enfermo. Para animarle iba á verle con frecuencia, y le decía siempre: «Es precioso.» Pero el hecho es que la estatua apenas adelantaba. No sé si trabajaba en ella. Cuando iba al taller le encontraba siempre fumando en su diván, ó bien amasando bolitas de arcilla, que arrojaba con rabia contra la pared.

Una tarde, cuando estaba contemplando aquella pobre dama romana, á medias bosquejada, y que tardaba tanto en salir de su baño, una idea caprichosa cruzó por mi imaginación. La romana tenía poco más ó menos mi estatura... Quizá en rigor podría yo...

—¿Qué se llama una pierna bonita?— pregunté de repente á mi marido.

Me lo explicó detalladamente, enseñándome lo que faltaba en su estatua, que no podía llegar á hacer sin un modelo... ¡Pobre muchacho! ¡Tenía el aire tan compungido al decir esto!... ¿Sabes lo que hice?... Recogí súbitamente las vestiduras que yacían en un rincón, fui á mi cuartito, y después cautelosamente, sin decir nada, mientras que mi marido contemplaba su estatua, me coloqué sobre el estrado frente á él en el traje y en la actitud en que había visto el espantoso modelo... ¡Ah, querida mía! ¡Qué emoción cuando levantó la cabeza! Me daban ganas de reír y de llorar. Estaba encendida... ¡Y aquella maldita muselina que era necesario ceñirse por todas partes!... Me era lo mismo. Esteban tenía un aspecto tan entusiasta, que me tranquilizó bien pronto. Figúrate, querida mía, que al oír..

Alfonso Daudet.





R. I. P.

Sr. D. Miguel Moya.

Muy señor mío: Ya tendrá usted noticia, por mi telegrama, de la soledad irreparable en que nos ha dejado la muerte de Mariano Cavia.

Hoy dirán todos los panegiristas póstumos lo que fué aquel hombre insigne que sintetizaba la cultura y la frivolidad del siglo que termina, y yo me limito á referir en esta carta los dolores del alma mía y aquellos detalles que sólo nos interesan á usted, á mí, y á quienes gozaron de la dulce amistad de nuestro inolvidable Cavia. Comprendo que su dolor de usted igualará al mío, y no extrañará usted el desconcierto de mis frases ni las manchas que en el papel dejan mis lágrimas, que no reprimo porque es preciso que esta pena mía se convierta en acto fisiológico, que diría L'Autre.

Ya sabe usted que nuestro buen amigo vivía empleando en el cumplimiento de su actividad fecundísima todo su sistema nervioso que no reemplazaban los alimentos, acaso porque estos no fuesen materia digna de sustituir la masa encefálica que vibraba en aquel hombre excepcional, produciendo maravillas de la inteligencia humana, que apenas esbozan los artículos del eminente periodista.

En vano Matóses, Palacio y otros compañeros de Cavia procuraron á éste con sus consejos y con su ejemplo, la tranquila vida que producen el buen método y la práctica de las virtudes de nuestros mayores: el desgraciado estaba herido de muerte, de necesidad, según nos aseguraba Rafael Salillas, que entiende el tecnicismo de los médicos y de los escribanos. Ya, por fin, conseguimos traerle á este, pueblo de Pinto, donde era posible que el enfermo disfrutase, al propio tiempo, del purísimo aire de la sierra, en cuya falda bosteza el pueblo, y del fresco

ambiente que rodea las orillas del río, donde las pintadas flores pinteñas perfuman el aire tibio que Mariano aspiraba con delicia.

Casi creíamos salvarle, pero sus aficiones piadosas le llevaron á permanecer en el templo muchas horas, que llenaron de unción el alma de nuestro amigo y le produjeron un constipado. En seguida comprendimos el peligro que nos amenazaba, y nos dispusimos á la lucha; pero ¡ay! fué inútil. Aquí vinieron todos los médicos que por sus altezas científicas han llegado á ser concejales, diputados provinciales y diputados á Cortes; y todos convinieron en que opinaban de distinto modo acerca del diagnóstico, y sólo creían unánimemente en que no había salvación posible para nuestro idolatrado amigo. Y así fué: el martes 13 dejaba de existir el que se llamó en vida Mariano de Cavia, y será eternamente honra de la prensa española, modelo de críticos y ejemplo de escritores fáciles y cultos.

No olvidaré jamás aquel cuadro tristísimo que formábamos en la alcoba. Mariano, con la palidez cianótica en el semblante; Salillas, sosteniendo el enflaquecido busto del enfermo; Eduardo de Palacio, estrechando aquella descarnada mano derecha que escribió tantas maravillas del buen lenguaje; Matóses, dando vueltas nerviosamente á un boliche de la cama, y yo, no sé cómo, porque sólo era el alma mía la que ejercía actividad en mi organismo.

Momentos antes de expirar dijo: *Tengo sed*; y después se dejó caer sobre la almohada, diciendo: *Adiós, tontos*; y expiró.

Han transcurrido algunas horas desde la muerte del grande hombre, y los que presenciamos aquel acto tristísimo no estamos conformes acerca de las últimas palabras que pronunció el escritor eximio. Yo sostengo que dijo: *adiós, tontos*; despidiéndose de la sociedad estúpida

en que vivimos; Palacio sostiene que dijo: *adiós, tintas*; despidiéndose con frase tan discreta del líquido que grabó en el papel las hermosas ideas de Mariano; y Salillas asegura que oyó: *adiós, pronto*; frase conque se despiden los que van de prisa, según Lombroso. Lo que no dudo es que dijo: *adiós, adiós* y algo más, como afirma Matóses, y ese *algo más* es que aquel *adiós* era la última despedida del hombre que tanto nos ha enseñado y á quien tanto hemos querido.

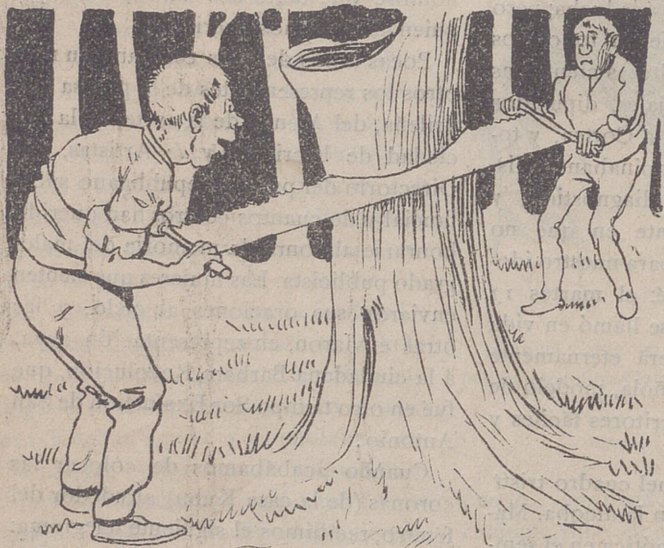
Pocas horas después estaban con nosotros los representantes de la prensa madrileña, del Ateneo de la corte, de la Sociedad de Escritores y de Artistas, del Directorio del partido republicano substancial y de cuantos centros han querido honrarse al honrar la memoria del malogrado publicista. Las mujeres que sienten enviaron sus oraciones al cielo, y las otras enviaron, en representación suya, á la ciudadana Bárbara Revolución, que fué en otro tiempo Sor Exaltación de San Antonio.

Quando acabábamos de colocar las coronas (de la casa Kuhn) alrededor del féretro, recibimos el siguiente telegrama: «Torre Nueva desplomada.» Cayó para siempre aquel monumento que recordaba en todo las libertades alcanzadas por nuestra patria: cayó al morir Mariano, cuando le faltó su más fuerte apoyo. ¡Ojalá no se desplomen también los monumentos de la palabra y del pensamiento conque embelleció Cavia nuestra literatura contemporánea!

No sé cómo despedirme de usted. Adiós, hasta que vaya á esa y lloremos juntos. Suyo afectísimo s. s. q. b. s. m., SILVERIO LANZA.

P. D. Reconozco que esta guasa es demasiado atrevida, pero no las usa menores D. Mariano de Cavia; aunque agrade mi culpa que yo estimo á ese señor en más que estiman nuestros gobiernos el Museo de Pinturas.—Vale.

Yes, very well.—*Shakespeare.*
 Manducom flumen illorum.—*Cicerón.*
 Ne comprend pas.—*V. Hugo.*
 Bat, bit, iru, lan.—*Inscripción en la Peña de Durango.*
 Her, man; her, man.—*Heine.*
 Ξνη και νεα, αθησεριον, α, ω, υ, γ.—
 Según el *αλμυριλιαζα.*



PROGRESOS DE LA MEDICINA



AL VUELO

—¿Casada?—Sí.—¿Con él?—¡Ah, no; él es todavía soltero!

REVILLA Y TABOADA

SIENDO empleados del ministerio de Fomento el malogrado é insigne crítico Manuel de la Revilla y el popular é ingeniosísimo escritor Taboada, cambiáronse entre ambos dos cartas en verso que publicamos, gracias á la amabilidad del autor de *La Vida cursí*, el cual nos facilita el original, y con él el medio de complacer seguramenté á los lectores de LA CARICATURA.

Por lo mismo que las quintillas que publicamos se escribieron para leídas en la intimidad, tienen la frescura y el donaire propios de lo espontáneo. Y sobre todo, rebosan gracia é ingenio (tales manos las hilaron), y por ese motivo aparecen hoy en este periódico, que frecuentemente se honra con la firma de Taboada, y hoy duplica el honor recordando el nombre de un literato ilustre, perdido para mal del arte español.

I
PETICION

Señor don Manuel Revilla:
Desde la humilde guardilla
en que por desgracia vivo,
estos renglones le escribo
pidiéndole una taquilla.
Una tengo, pesiami

tan vieja, que al verla así,
me hellegado á figurar
que por llevarla á quemar
me la trageron á aquí.

No tiene puerta ni llave
y esto, D. Manuel, es grave,
pues á mi pobre entidad
como á cualquiera, le cabe
gran responsabilidad.

Yo tengo los expedientes
al alcance de las gentes,
y el día menos pensado
cesa el Museo del Prado
por falta de antecedentes.

Mire usted si es alarmante
su estado, que hoy un cantante
que nos vino á visitar
se puso á tararear
y desmoronó un estante.

Ahora seguimos la ruta
de cortar toda disputa;
y aunque aquí ya nadie habla
anteayer se hundió una tabla
al peso de una minuta.

Llévesela usted á otra parte,
pues es usted quien reparte
y el que manda en jefe aquí.
Si no lo hace usted por mí
hágalo usted por el arte.

Aquí donde viene gente
que tiene talento y todo,
pensando piadosamente,
que el arte esté de este modo
no me parece decente.

Ya sabe usted mi interés
y mi pena tal cual es,
y por si en dudar se empeña,
pidale informes á Peña
ó á Pepito Fuente Andrés.

Acabe así mi amargura
llevando el arca menguada
al carro de la basura
y lo firma

LUIS TABOADA.

Negociado de Pintura.

II

RESPUESTA

Joven auxiliar Taboada:
De vuestro ruego rimado
mi alma clemente apiadada,
que se os entregue he mandado
la taquilla deseada.

Es taquilla de oficial;
no vayáis á usarla mal
en sus tableros guardando
algún billete nefando
ó algún dibujo inmoral.

Guardad en ella minutas,
expedientes y decretos,
mas no almacenéis virutas
ni repugnantes secretos
de beldades disolutas.

Y ved que tal distinción,
que envidiará Gabaldón,
es un tributo que rindo
á la sacra inspiración
que recibís en el Pindo.

Recibid, pues, la taquilla,
y al contemplar su belleza
que del arte es maravilla,
agradeced la largueza
de

MANUEL DE LA REVILLA.

La miconona se casa

No se habla de otra cosa en Fornos y en La Viña, entre una y dos de la madrugada, cuando muchos cafés y tabernas de la villa y corte se convierten en Bolsines de Venus, donde las corredoras de cambio... de postura, ofrecen á los noctámbulos amor al contado y alifafes á término.

La Miconona es más astuta que la serpiente del Paraíso. Ha encontrado un Adán capaz de cometer la mayor de las locuras por hincar el diente en la manzana, y la muy ladina se la ha puesto tan alta que el bendito de Dios llama en su ayuda al cura y al alcalde para alcanzar el codiciado fruto.

Parece cosa resuelta. Dentro de pocos días, ese redentor de grandes pecadoras y esa parroquiana de Fornos serán unidos al pie de los altares con los indisolubles lazos del santo matrimonio. ¡Qué patética cosa!

El pobre diablo creará haber dado un alto ejemplo de amor regenerador, y la candida esposa experimentará quizá un asomo de arrepentimiento.

A los tres ó cuatro meses de vida ejemplar... ella huirá con algún torero de invierno, de esos que tienen menos asco á los empujes de un marido que á las astas de un toro.

¿Ustedes no conocen á la Miconona?

A mí me la presentaron, el pasado invierno, en un baile de máscaras de la Zarzuela.

Varios amigos y paisanos míos me habían convidado á comer ensaimada y á beber manzanilla en un palco. Al olor del festín, acudieron cuatro ó cinco aficionadas á las pastas mallorquinas, ó á los mallorquines de buena pasta. Entre ellas estaba la Miconona.

Aunque es difícil y expuesto á errores el fijar la edad de una mujer en un baile de máscaras, supongo que la Miconona tendrá unos treinta otoños. Tiene grandes los ojos, negros como su pelo y sus arqueadas cejas, aunque faltos de expresión. Sus dientes, pequeños y afilados, se hallan algo carcomidos en la base, y antes de seis años seguramente habrán de ser sustituidos por otros de mayor consistencia, que no se resentían del uso interno del mercurio. Las alas de su nariz se hallan salpicadas de puntitos negros, fatales precursores de la coloración de este importante adorno de la cara. Bajo la mandíbula izquierda, aparecen dós líneas blancas... No seamos maliciosos y atribuyamos estas líneas á un accidente cualquiera. Su voz es apagada y algo ronca; la orgía ha destemplado las cuer-

das vocales. A pesar de todo, la Miconona es una moza de magnífica estampa y de agradable trato. Sus amigos me dijeron que era una mujer de formas esculturales. Con todo, no comprendo como hay quien la lleve á la vicaría.

Dicen que la chica es buena, moralmente hablando. Ciertamente es que con su carácter voluble determinó la muerte de un hombre que, tomando por lo trágico lo cómico de la vida, se tiró por un balcón.

Pero es mujer que llora en el teatro, cuando el héroe del drama es víctima de la inconstancia de su amante. Posee el falso sentimentalismo de la mundana que contempla con indiferencia el martirio del hombre que la ama ó la miseria de sus propios padres abandonados, y da pesetas á los pordioseros que encuentra por la calle. Pretende tener un buen corazón... En mi concepto, sólo tiene la sensibilidad de las mujeres nerviosas. Seguro estoy de que en este momento sueña con un hogar honrado y tranquilo, con una vida ordenada y económica. Mas todos esos sueños de apacible vida conyugal se desvanecerán indudablemente en brazos del torero *ut supra*.

Juan B. Enseñat.

Gacetillas Teatrales

ESCRIBIR ahora estas gacetillas es más difícil de lo que parece. Estamos casi en el estío (así, estío, *ad usum* de poetas cursis), y cuando el sol calienta, ya es sabido que las comedias se enfrían. No es posible comprender las afinidades que existen entre la temperatura atmosférica y las producciones teatrales, pero lo positivo es que el calor produce en las obras dramáticas efectos contrarios á los que su influjo hace sentir á los cuerpos. El calor lo dilata todo, menos las temporadas de los coliseos. Cuando pica Febo, dejan de picar los incautos que buscan localidades en las taquillas donde expenden billetes para los espectáculos. Son antinómicos, el verano y la literatura, como algunos cómicos que son antinómicos también, ó micos solamente.

En fin, que ha llegado la hora de que estas crónicas sean imposibles, por falta de asuntos; porque cuando empiezan los días largos, el arte echa su siesta. La galbana se apodera de los públicos; ciérranse las puertas de los templos de Talía, y se quedan vacías las salas y los escenarios. A veces los angelotes puestos en las embocaduras de los palcos escénicos, abandonan sus pedestales, hartos de esperar al público que no llega, y hartos de no oír los cotidianos rípios; y á dos angelotes de esos, suspensos de adorno y sueldo, les oí la otra noche los diálogos que copio para cumplir con mi encargo semanal. ¡Y quiera el cielo que se estrenen cosas, aunque sean malas, para que yo tenga ocasión y lugar de darle gusto á la pluma!

* *

—¿Qué hay, amigo? ¿Se acabaron las representaciones?

—Así parece, compañero.

—Por ahora no tendremos dramas, ni comedias, ni nada.

—Nada, y me alegro. Estaba de actos hasta la punta de las alas.

—¿Y el año que viene?

—El año que viene, el delirio. Me figuro que volveremos á los tiempos de Miss Lurline y tendremos que resistir á cualquier serpentina de esas que se mueven al compás de la música, lo mismo que las tiples que cobran quince duros y coche.

—¿Cómo está el arte, colega!

—Perdido, y eso que el arte ahora tiene poco de literato.

—Yo creo que nuestro empresario debería inventar algo nuevo...

—Ya le he sugerido una gran idea. Figúrate que le he hecho concebir...

—¿Cómo?

—Le he hecho concebir el propósito de representar una gran revista saltimbancolírica-cómico-toreable. Saldrán á escena toda la compañía y cuarenta animales de ambos sexos. Todas las mujeres vestidas de hombre y vice... traje, los hombres vestidos de mujeres. ¡Eso es lo que gusta! Conozco yo á varios aficionados que se sientan en las butacas de orquesta y se vuelven locos cuando la Camelo sale con pantalón ceñido luciendo las formas, ó cuando Marione hace muecas como si fuera una damisela. Eso es lo que gusta. Pero nuestro empresario es un rancio y sólo piensa en cosas literarias, más ó menos literarias; ¿comprendes? Aquí en las tablas lo que hace falta es salero, y lo que convienen es coristas de buten, ¿me entiendes?

—¿Qué lenguaje!

—No seas panoli. Te estoy hablando al estilo de algunos autores de los que más cobran. ¡La órdiga!

—Pues así hablan las verduleras de la plazuela.

—Hombre, pues claro. ¡Pues si hay ahora más verduleras metidas á escritores!...

—Bueno, pero dime, ¿este verano no habrá nada digno de mención?

—¿Que si habrá? ¡Ya lo creo! Se abrirán un par de teatros de esos ambulantes que los llevan de una parte á otra como si fueran juguetes. Y en los teatros ambulantes habrá un poquito de zarzuela.

—¿Zarzuela?

—Sí, eso que representan ahora tantas veces, y que se sirve al público por raciones, como si fuera vaca mechada. Mira, es muy fácil de hacer. Cuando oigas alguna desvergüenza por ahí te las apuntas, y cuando reunas muchas gracias de ese jaez, ya tienes libro; se lo llevas á un músico, le pone al juguete un par de tanguitos melosos y algo más, un paso doble, y un dúo en el cual se digan cuatro frescas, y cádate concluida la zarzuela. Se la llevas á un empresario, el empresario te busca una tiple con buenas piernas y con las caderas anchas, y venga guita.

—¡Pues tienes razón que es fácil!

—Ya lo creo, y si te atreves colaboramos...

Como final de este diálogo tengo el honor de anunciar á ustedes que los angelotes de la embocadura estrenarán pronto su correspondiente juguetito, al cual han puesto un título llamativo: ¡El catre!

Ahora sólo falta el estreno.

Después vendrá el pateo.

Más tarde 100 representaciones.

¡Estas obras siempre llegan al número 100!

* *

Antes de echar mi firma al pié de las cuartillas, quiero alabar el rasgo de don José Echegaray. Eso es saber contestar categóricamente á las vacilaciones académicas. Los pobres disfrutarán las cuatro mil pesetas del premio, y todos decimos llenos de satisfacción: ¡Qué actos tan hermosos los de Echegaray!

Juan Palomo.





—Si yo encontrara una mujer rica
que me sacara de esa maldita oficina...



—¿Es muy alta la fiebre, doctor?
—Treinta y nueve grados a la sombra.



—Madre, á mí si me gusta Madrid
es por el mujerío.



—Si yo encontrara un hombre que me
quitara de velar en el taller...



—¿Va usted á requebrarla ahora
delante de mí?



Los hombres del día
Rafael Molina (Lagartijo).



—Sí, querido, cuando yo fui *arcade* hice el *morumento* der pilar pa las bestias.

—¡Olé!

—Metí en una ringlera los dificios de la escuela alimental...

—¡Ya!

—Y puse en el pueblo una clase de adúlteros por la noche.

Un viudo éntra en un establecimiento de efectos fúnebres, y comienza á ver ataúdes con objeto de elegir uno para su mujer.

—¿Cuánto vale este?

—Cuarenta duros.

—¡Es muy caro! Doy treinta.

—¿Es usted viudo?

—Sí, señor.

—Bueno, pues se lo pondré á usted en los treinta, para *animarle* á usted.

Delante del cuartel de inválidos.

Un niño á su madre:

—Mamá, ¿por qué le han cortado los dos brazos á ese soldado?

—Porque siempre se estaba metiendo los dedos en las narices.

Una esposa había pedido á su marido que la llevase á la ópera, donde no había estado nunca.

Se representaba *El Profeta*.

Al fin del tercer acto su marido la preguntó:

—¿Qué te parece, querida mía?

—¿Qué me parece?... Que otra vez vendré descotada.

—Encantador paisaje—dice el más joven de tres viajeros. Hermosa vegetación, soberbias rocas; pero á esto le falta agua.

—¡Y vino!—añade el compañero suspirando.

El almacenista de vinos.—Llevaría con gusto vuestro vino, pero es preciso que me lo dejéis más barato.

El corredor.—Imposible, ni aun con la mejor voluntad del mundo; lo pongo al *precio de fábrica*.

Una señora pide á una de sus amigas noticias de otra cuyos pies son de un tamaño más que respetable.

—Me han dicho que la ha prohibido usted poner los pies en su casa.

—Sí, querida mía, mi habitación es demasiado pequeña.

En una instrucción de quintos un sargento interpela á uno de ellos que lleva mal el fusil:

—Número tres, no lleve usted el fusil como un cirio.

El quinto cambia de posición.

—¡Bueno!—grita el sargento;—ahora le lleva usted como una palanca de bomba de incendios.

El quinto se turba cada vez más.

—Entonces el sargento empieza á jurar entre dientes:

—¡Mil truenos! ¿Habrás visto jamás soldados como estos?... Siempre sucederá lo mismo mientras el ejército se reclute en la clase civil (II).

En la calle de la Almona, del barrio de la Trinidad de Málaga, vivía un gitano llamado el Tío Pelendengues, el cual se vió en un gran apuro, del que le era difícil salir, pues no halló una mala *faena*, ni un *compadre* desinteresado, ni un *pairino* rumboso que le proporcionase un real.

No sabiendo qué hacer entró en la iglesia y se arrodilló delante de un Santo Tomás de Villanueva, diciendo á gritos;

—Santico de mis entretelas, tengo un apuro más grande que la *catreal*, y para salvar á mis chorreles es preciso que me mandes desde el cielo cinco duritos si quiera.

Oyó un guasón, con sus ribetes de caritativo, al desesperado gitano, y sin perder minuto cogió las escaleras del campanario y allí se encaramó en un santiamén.

A poco rato el gitano, murmurando más que una beata, salió de la parroquia, y apenas le divisó el del campanario, sacó cinco duros en monedas de cinco pesetas, y desde lo alto se las arrojó, con tanta desgracia que, como aún no se había cubierto, le hizo cinco chichones al gitano en la cabeza, del tamaño de un huevo cada uno.

Curóse como pudo el descalabrado, y á los quince días nuevo apuro y nuevas dudas. El hombre estaba decidido á ver á Santo Tomás, pero se acordaba de aquellos duros que creía caídos del cielo y de aquellos chichones que tan malos ratos le dieron.

Al fin volvió á la iglesia, y postrado ante el santo, con los brazos en cruz y con cara muy compungida, exclamó:

—Gracias, santico de mi devoción, por aquellos cinco duros, y haga el favor de enviarme otros diez que necesito, pero antes que se los cambien en billetes.

Un grupo de reclutas hace la instrucción.

El oficial.—Pelotón... ¡Dos pasos al frente!

Un recluta permanece inmóvil.

El oficial.—¡Eh, ese! ¿No has oído que he dicho, pelotón, dos pasos al frente?

Recluta.—Es que yo no me llamo pelotón.

Una galantería.

Al ir á entrar en una tienda una dama que tiene las manos muy pequeñas le dice un caballero:

—Señora, antes de comprar guantes, procure usted comprar manos.

IMPORTANTE

Desde hoy se traslada la Administración de LA CARICATURA a la calle del

DIVINO PASTOR, NÚM. 7 DUPL., 1.º
donde tienen ustedes su casa.

Sirvanse los señores corresponsales tomar nota del nuevo domicilio, y dirigir a él toda la correspondencia.

SECCION AMENA Y PRODUCTIVA



El domingo 7 de Mayo, como habíamos ofrecido, fué abierto el sobre que encerraba el número afortunado.

Por fortuna nuestra se vió que no había sido acertado, aunque hubo corazonadas que se aproximaron hasta no faltar más de dos números: ¡Por dos números!

El gordo, el de las quinientas pesetas era el

10.507

¿Qué bonito, eh? Casi merecía haber sido acertado.

Hecha la distribución de premios por orden de aproximación, ha resultado lo siguiente:

PREMIO DE 100 PESETAS

10.509 10.513

PREMIOS DE 25 PESETAS

10.515 10.521

PREMIOS DE 10 PESETAS

10.492 10.600

10.580 10.627

10.540 10.642

10.553 10.500

10.567 10.717

PREMIOS DE 5 PESETAS

10.800 10.000

10.101 10.947

10.011 10.948

10.007 10.999

10.001

De estos el **10.101** y **10.001** están repetidos quince y nueve veces respectivamente, por lo que resulta un exceso de tres papeletas a las que no debiera corresponder premio; pero nos-

JEROGLÍFICO DE ACUMULACIÓN

Premio 200 pesetas.

Regalo de D. Enrique F.-de-Rojas.

Este premio irá aumentándose semanalmente hasta llegar a 250 pesetas. Si aun así no lo acertaran, descenderá hasta colocarse otra vez en las 25.

Octava inserción.

**APEENETE
ERE
Sobrando letras
ARCS D 1893
DI S Y DO RITA**

Y romaaa

a a a a a a

1

2 2 2

3 3 3 3 3

4 4 4 4 4 4 4

5 5 5 5 5 5 5 5 5

6 6 6 6 6 6 6

7 7 7 7 7

8 8 8

9

9
888
77777
6666666
555555555
4444444
33333
222
1

END

Tomás Pequeñeces Pargos

El marido explicará lo que no entiende a la esposa.

La madre explicará lo que no entiende a la hija. P

Araque Deogracias y Práxedes

se entretengan,
con ganas ó sin ganas,
dos veces por semana.

otros somos generosos de *suyo*, y hemos acordado que ninguna de las papeletas enviadas, y que corresponden al millar del número mayor, quede sin premio.

Somos así.

Nos reservamos los nombres hasta que los dueños de las papeletas recojan los premios, diciendo, como comprobante, para mayor seguridad, el nombre a que fueron extendidas.

Así, pues, y desde hoy, de nueve de la mañana a una de la tarde, pueden ustedes venir por los cuartos.

Las señoras (porque también ha habido señoras afortunadas a las que su corazón no les ha sido infiel), pueden venir a cualesquiera hora.

La galantería por delante.

Del concurso de Mayo hemos recibido ya muchos números.

Y en esta ocasión (parece que el diablo les sopla al oído) van acercándose al número premiado que es un gusto.

El bello sexo—¡bendito sea!— sigue honrándonos con sus preferencias y con tal motivo no cabemos en sí de gozo.

No es para menos. En esta redacción abundan los jóvenes en estado de merecer. ¡...!

Alguro ha hecho la formal promesa de ofrecer su mano a la lectora que acierte el número premiado.

Aunque esté casada.

CONCURSO DE ADIVINADORES

La palabra que faltaba para completar el verso publicado en el número anterior era

MANIQUÍ

Es de la traducción que del *Fausto*, de Goethe, hizo D. Florentino Llorente. Escena de la *calle*, entre *Fausto* y *Margarita*.

La han acertado:

D. Juan Estrada y Palou, Madrid.

D. Julián López Oliva, ídem.

D. Gumersindo de Alcántara, Barcelona.

Y nada más.

Pocos han sido para cosa tan facilitada... después de sabida.

Veamos el de hoy si da más juego.

CONCURSO DE ADIVINADORES

Premio de 25 pesetas.

¿Qué palabra falta en los versos siguientes?

*Crecen a cada paso las mohinas,
viendo brotar por planas y renglones
mil sandeces insulsas y mezquinas.*

Toda dedicatoria es.....

*y voces de pie y medio que al Mecenás
le dan en vez de incienso, coscorrones.*

MADRID
IMPRESA DE ENRIQUE F.-DE-ROJAS
Plaza de los Mostenses 12.



NUESTROS SALONES

—¡Ah, joven! ¿usted sabe hasta dónde pueden arrastrar los impulsos de un corazón vehemente?



AMPLIACIONES
DE
REPRODUCCION

A la albúmina, carbón, platino é inalterable; grandes talleres y estudio de pintura, cualquier fotografia, por deteriorada que esté, se amplía hasta el tamaño natural. Remesa á provincias. Pidan se tarifas

COMPANY, fotógrafo.
Visitación, 1. Madrid.

¡Pobre patria!

POR UN
GENERAL DE LA RESERVA

DIBUJOS DE ANGEL PONS

FOTOGRAFADOS DE L. R. Y COMPAÑIA

De venta en las principales librerías.
Los señores corresponsales pueden hacer los pedidos á esta Administración.



—Todo fiel cristiano está obligado á vestir con elegancia y solidez, pero con economía, y esto sólo lo sabe hacer

PEDRO PASCUAL
Carretas, 33, Madrid.

A. VALLEJO

Ebanistería, tapicería, colgaduras, despachos, comedores, alcobas, recibimientos.

TELÉFONO 911.

ALCALÁ, 29, MUEBLÉS

LA DECORATIVA

⊗ Pintura mural ⊗

⊗ Ornamentacion ⊗

⊗ Techos ⊗

⊗ Tapices ⊗

⊗ Decorado de habitaciones ⊗

⊗ Monumentos ⊗

TALLERES
QUINTANA, 34.

Grandes premios en metálico en todos los números.



LA CARICATURA

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

Se publica los domingos.

— ADMINISTRACIÓN, FERRAZ, 44.—MADRID—

PRECIOS DE SUSCRICION

Madrid, provincias y Portugal: Semestre, 5 pesetas.—Año, 10.
Ultramar y extranjero; Año, 15 francos.
En Madrid, provincias y Portugal no se admiten suscripciones por menos de un trimestre, y en Ultramar y extranjero por menos de un año.—Por más, si todo lo que ustedes quieran.
Las suscripciones empiezan el primero de cada mes.
El pago es adelantado.

VENTA

Número suelto, 20 céntimos.
Id. atrasado, 40 céntimos.
Corresponsales y vendedores, 15 céntimos número.
Toda la correspondencia á nombre del Director.
De nueve de la mañana á una de la tarde.



LA CARICATURA

Concurso de adivinadores premiado con 25 pesetas.

NÚM. 43

D. _____
que vive en _____
calle de _____ núm. _____
cree que la palabra que falta para completar el verso publicado en la pág. 15, es _____
de _____ de 1893.

Esta papeleta puede circular, bajo sobre con las puntas cortadas, con un sello de cuarto de céntimo, en toda España. En Madrid, 5 céntimos.



A CARICATURA

Concurso de corazonadas, premiado con

¡¡MIL PESETAS!!

Esta papeleta es válida hasta el día 31 de Mayo.

A D. _____
que vive en _____
calle de _____ núm. _____
le da el corazón que el número encerrado en el sobre es el _____

de Mayo de 1893.

Esta papeleta puede circular, bajo sobre con las puntas cortadas, con un sello de cuarto de céntimo, en toda España. En Madrid, 5 céntimos.

Administración: calle de Ferraz, núm. 44.—Madrid.

Horas de oficina de 9 de la mañana á una de la tarde.—No se molesten ustedes en venir á otras horas, porque no estamos.